

lla compañía. El hecho es público, señores jurados, y nadie puede negarlo.

Cuando supe la partida y que se había ido con aquella mujer, supuse que no tardaría en darme órdenes de vender todos los diamantes. En efecto, una vez que no me había enviado el dinero prometido, era evidente que había recogido poco, y como en Londres había de gastar más que en París, necesitaria en seguida los fondos extraordinarios del Toison.

*Presidente.* ¿Le escribió usted entonces?

*Boet.* Sí. Pero ya lo diré luego. A poco de expulsarse á don Carlos, se me expulsó á mí. Como no tenía recursos, esta orden me contrarió mucho, y me presenté al subprefecto manifestándole mis apuros, y pidiéndole que se me permitiera continuar en Bayona, bajo palabra de honor de no mezclarme en política.

—No puedo, exclamó; pero como deseo hacer algo por usted, voy á telegrafiar al ministro, pidiéndole un arreglo.

En efecto, al día siguiente me llamó, y me dijo que el ministro me permitiría residir en Francia con tal que me retirara de Bayona y me fuera á un sitio donde no me dejara ver de carlistas. Se lo prometí, y buscando el más á propósito, escogí la granja de Longages en las inmediaciones de Tolosa, porque pertenecía á mi amigo el marqués de Alex, quien me acogiera de buena gana. Sin embargo, estando obligado á ocultar mi residencia á los carlistas, manifesté al subprefecto el sitio donde me retiraba, pero le manifesté que declararía á los amigos que partía para Tours. El prefecto me contestó que como cumpliera mi promesa, no solo no se me molestaría, sino que pronto se me permitiría regresar. Pero que en el caso contrario, se me expulsaría de Francia, y que tuviese entendido que en Longages se me vigilaría estrechamente.

Dije á mi familia el arreglo que se había hecho; díles instrucciones para enviarme la correspondencia, y salí de Bayona haciendo creer á los demás que iba á Tours. Una vez en Longages, escribí á don Carlos, que aún se hallaba en Londres, lo que me pasaba; le pedí instrucciones sobre los diamantes, y le manifesté que estando él en Londres, era buena ocasión vender allí los diamantes, y que si quería yo

iría á llevarselos en seguida. Escribí también á Retamero, que era un antiguo ayudante mio que residía en una farmacia de Tours, que recogiese y me enviase á Longages toda la correspondencia que le fuese dirigida para mí, y que en el caso de que se le preguntase dónde estaba yo, contestase que lo ignoraba, fuese quien fuese el preguntador, y aunque se sirviese del nombre del mismo don Carlos.

Ahora tropezamos con otra contradicción del fiscal. Asegura éste que don Carlos me hacía espíar por un policía, y despues asegura que don Carlos no sabía donde paraba. Pues ¿y el espía? ¿No dice que el príncipe gastó miles de francos en hacerme seguir? ¿Cómo me perdió de vista? Toda Bayona supo mi salida con muchas horas de anticipación, ¿y el espía que me vigilaba, no? Muchos me vieron subir al tren. ¿Y el polizonte de don Carlos, no me pudo seguir ni me vió? ¿Puede darse nada más absurdo, ni más escandalosamente inverosímil?

No, señores jurados. Para el señor fiscal lo que yo digo es lo absurdo, es lo inverosímil. Lo que dice don Carlos es lo natural, lo cierto, aunque sea una enormidad, una aberración mental como la que acabo de decir. Otro absurdo. El subprefecto de Bayona supo desde antes de mi partida el sitio de mi residencia. Pues bien: el señor fiscal asegura que don Carlos se volvía loco buscándome por Francia sin encontrarme, á pesar de la legión de espías de la Agencia Mazier, de quien se servía á tan alto precio. ¿Es posible que en aquella tan grande tribulación de haber perdido de vista al ladrón de la joya, no se le ocurriese á don Carlos una cosa tan sencilla como preguntar al gobierno francés, ó al subprefecto de Bayona dónde estaba yo?

No se alegue ser falso que el subprefecto conociese mi residencia, porque él mismo lo ha declarado al juez de instrucción. ¿Pues cómo no se la pidieron estando tan interesados en descubrirla? Por la sencilla razón de que la conocían tan bien como él, puesto que yo se la había comunicado á don Carlos. ¿Pero cómo el señor fiscal no se ha fijado en esto? ¡Oh, señores jurados! Permitidme decir que esa acusación fiscal es una cosa... una cosa... que no puedo, no, no la puedo calificar.

A las dos cartas que escribí á don Carlos en Lon-

dres, éste me contestó por fin con unos billetes que decían *ten as sin capucha*, los cuales dentro de un sobre, recibí en Longages. Era la orden de vender inmediatamente y sin recelo los diamantes. Repliquele en seguida que no se podía hacer la venta del modo que él deseaba, y que era preferible verificarlo en Londres, á lo cual me contestó en seguida con otros billetes que decían *todos en Madrid*. Todos estos billetes figuran en los autos.

Aunque yo en Longages me recatase de los carlistas, vivía públicamente en medio de la sociedad francesa del país. Frecuentaban la casa del marqués casi todas las autoridades de Tolosa, y yo hablaba cada día con ellas. La gendarmería estaba también allí con frecuencia. El marqués dió en obsequio mio un banquete, al que convidó á la aristocracia legítima de aquellos sitios; estuvo en moda darme banquetes, y un gran número de familias nobles de allí fueron convidándome á comidas de ceremonia, de modo que todo el país me veía, me conocía y trataba.

Entre tanto los periódicos de Bayona empezaron á hablar de la venta de diamantes que había verificado y continuaba verificando mi esposa por orden mia, pues como don Carlos no me había enviado dinero, debía entretener á mis acreedores más apremiantes y al mismo tiempo subvenir al gasto de mi familia, lo cual no podía cumplir sino de aquel modo. Mi esposa me envió los periódicos que hablaban de aquella venta, y observé que hacían suposiciones sobre la desaparición del Toison. Como don Carlos ya había obtenido que le levantasen el destierro, regresó á París, y yo le escribí enviándole el recorte de uno de aquellos periódicos, y manifestándole que las murmuraciones eran graves. Al mismo tiempo le repetía que era espuesto vender en Madrid los diamantes, y que convenía que nos viésemos. No me contestó. Le escribí de nuevo, y también se calló.

Entonces le envié una tercera carta sobre el mismo asunto junto con un periódico por medio del conde de Coetlogon, redactor de la *France*, y supe por el mismo conde que la había leído y dicho: *Está bien*. Pero tampoco me contestó.

Aviséme mi esposa de que los diarios de Bayona continuaban hablando de las ventas, y conociendo la

necesidad de volver allí, escribí al subprefecto pidiéndole permiso de hacerlo. Mi objeto era...

El señor Presidente:

—Aguarde usted, aguarde usted. Usted dice que desde la casa del marqués escribió al subprefecto de Bayona. ¿Recibió usted alguna respuesta suya?

*Boet.* No, señor.

*Presidente.* Así, pues, no puede usted apoyar su afirmación en nada fehaciente.

*Boet.* Supongo que el juez de instrucción evacuó la diligencia.

—Si usted hubiese citado el hecho, sí, replica el Presidente. Pero no habló usted antes de tal cosa.

—Hablé hasta la saciedad, afirma Boet.

—No.

—Sí, señor; sí, señor.

Un magistrado del tribunal dice una palabra al oído del Presidente.

—¡Ah! exclama éste. Se me advierte que tiene usted razón, y que las cartas de usted figuran en los autos por haberlas entregado al subprefecto. Vamos, prosiga; no ha sido nada.

Por la multitud corre un *rum rum*, seguido de maliciosas sonrisitas.

Entonces Boet trata la primera entrada de Retamero en la cuestión.

*Boet.* A pesar de la extraña conducta de don Carlos, yo no desconfiaba de él, y continuaba tranquilo en casa del marqués, por mucho que me mortificasen los chismes de los diarios sobre mis ventas de diamantes. En esto se me presenta Retamero; me dice que llega de París; que viene de parte de don Carlos; que éste me hará teniente general y me establecerá en París con toda mi familia, y que de parte de aquel le entregue los diamantes del Toison. Como don Carlos no conocía personalmente á Retamero, ni este me traía carta suya, quedé maravillado, y comprendí que había un misterio. Me lo llevé á casa del marqués, y logré que se explicase. Manifestóme ser falso que llegase de París; que venía de Tours, donde vivía; que había hecho esto por encargo de Esparza, quien había ido á verlo de parte de don Carlos y de doña Margarita, de la cual es secretario, y que le había sugerido que hiciese aquel viaje con el objeto de coger los diamantes; que ambos habían



convenido en un telegrama de contraseñas, donde al Toison se le daría el nombre de *el amigo*.

Esta fué la primera hostilidad ostensible que se me hizo, y ella demuestra dos cosas, que han reconocido siempre mis acusadores, sin desmentirlas jamás; que empezaron á atacarme haciendo representar una farsa á Retamero, y que continuaban hablando de la alba en un sentido metafórico. Sin embargo, la Acusacion fiscal se empeña en decir que es falso que don Carlos llamase metafóricamente á esta joya.

Aquí procede, señores jurados, alguna observacion muy importante. La aparicion y el recado de Retamero demostraban que en casa de don Carlos se había al fin sabido que el Toison no había desaparecido, sino que estaba en mi poder. Si yo lo hubiese robado ¿qué hubiera hecho al recibir el mensaje de Retamero? Escapar me corriendo á España, una vez que la frontera estaba cerca, y que conocía el terreno desde la guerra civil. Sin embargo, me quedé tranquilamente en Longages. ¿Qué hubiera hecho don Carlos, si verdaderamente hubiese sido robado? dar parte á la justicia, ó hacerme sorprender y coger por emisarios de él, á fin de que yo al saber que me habían descubierto, no huyese con el Toison. A pesar de esto, no da parte á la policia y me envia clandestinamente á mi ayudante y amigo Retamero, para que me diga que le entregue los diamantes, y me hará teniente general. Confesad, señores, que yo soy un ladrón muy original, y don Carlos un robado muy estafalarío.

El público prorrumpe en grandes risas.

*Boet.* Conociendo yo las interioridades de la casa de don Carlos supuse ya que habían engañado á Retamero, y que debía suceder otra cosa. Imaginé que interpelado y sondeado el Pretendiente por su mujer, había confirmado con sus confusas respuestas las sospechas de doña Margarita, y que ésta, para aborrrarle la vergüenza de una confesion, le había propuesto que se diese aquel paso, con pretexto de descubrir si yo tenía el Toison, pero con el secreto objeto por parte de ella de que yo le revelase la farsa y le entregase los diamantes.

Parecióme, pues, conveniente tomar precauciones, y lo primero que hice fué descubrir á Retamero todo lo que había pasado, haciéndole dar su palabra

de honor de guardar el secreto, y pedirle que para evitarme un disgusto con los de Passy, me prometiese hacer lo que le diría. Escandalizado y asombrado Retamero de una historia tan tenebrosa, prometió secundarme y serme fiel. Entonces hice lo siguiente. Corrian desde mucho antes entre los emigrados de París ciertas calumnias contra doña Margarita y yo, y como me constaba que en aquellos dias se habían acrecentado, creí del caso hablar de ello á don Carlos. Le escribí, pues, una larga carta sobre este asunto. Al mismo tiempo tomé precauciones contra las veleidades y bellaquería de don Carlos, y le escribí otra, muy corta, hablándole del Toison, y de la necesidad de que se acallasen las murmuraciones de los diarios de Bayona.

Entonces dije á Retamero: «En lugar de volver á Tours, donde dice usted que Esparza está esperándole, irá usted á París; tomará usted copia de estas dos cartas, las cerrará despues, y las presentará á don Carlos, diciéndole que le he encargado que le diera inmediatamente una respuesta verbal de la segunda. Como don Carlos verá que es corta, la leerá en seguida y le dirá algo. Observe usted bien la actitud que tendrá al leerla, grábese bien en la memoria todos los movimientos de su fisonomía, y luego escribame usted diciendo lo que ha contestado, lo que ha hecho, y junto con su carta envíeme las copias de estas.»

Tales fueron mis cartas de 4 de Marzo. Retamero prometió cumplir, y partió aquel mismo día. En efecto, Retamero hizo lo que le dije, don Carlos leyó atentamente la carta pequeña, y dijo sin inmutarse: *Dile que está bien*. Retamero me lo escribió, me envió las copias, y todo esto figura en el proceso.

Antes de pasar adelante me haré cargo de algunos puntos de la acusacion fiscal. Dice esta que por qué no envié por Retamero á don Carlos una carta hablando de política y el Toison, en vez de dos. Es muy sencillo. Porque en la de política, que mis propios enemigos han presentado, me ocupaba, segun ya he dicho, de una calumnia que se susurraba contra mí y doña Margarita, y en la segunda, de una cosa como el Toison. La primera podía ser comun á marido y mujer; y la segunda lo era tan sólo á mí y á don Carlos. Tambien se ha maravillado de que habiendo

guardado las contraseñas de Londres, *ten as con capucha y todos en Madrid*, no hubiese guardado los sobres del correo. El correo, como ya dije, no iba nunca dirigido á mí, sino á mi esposa ó suegra; estas recibieron las cartas del Pretendiente como todas las otras, é hicieron lo que siempre cuando yo estaba ausente, abrirlas y enviarme la carpeta interior. Refuto ahora ambas observaciones, ya que la una me ha recordado la otra.

A mi vez yo haré una objeccion al proceso. Es muy extraño que habiendo mis propios enemigos presentado al Tribunal la carta sobre doña Margarita, nadie hasta ahora me haya hablado de ella, pues era más grave que la referente al Toison, por cuanto se habla en ella del honor de una señora.

Gran sensacion. El presidente toma la palabra.

*Presidente.* ¿Por qué quiso usted que se sacasen copias de aquellas dos cartas y que se las remitiesen á usted?

*Boet.* Es evidéntísimo: porque sabiendo que don Carlos era poco escrupuloso, temí que al verse descubierto por su mujer, me acusase á mí de una infamia, y por medio de aquellas copias y de la carta de Retamero contándome la escena de la lectura de la carta más corta, tenía una prueba irrefragable de mi inocencia. La prueba de que no me equivoqué es que verificado el rompimiento, mis enemigos se vieron cogidos por la estratagema de las cartas y las declaraciones de que Retamero las acompañó, y no pararon hasta que aquel mismo Retamero que antes había dicho la verdad, se retractó declarando que todo lo que había presentado y dicho era mentira. Pero ya llegaremos á este punto.

Viendo algunos dias despues que el Pretendiente no me decía nada, le escribí una carta violenta y desdeñosa, en la cual le manifestaba que su silencio me indicaba que se urdía algo contra mí; que yo podía sacrificárselo todo menos el honor; y que si este asunto no se arreglaba como debía, tendría el derecho de llamarle canalla, y de contar á su familia toda la historia de aquel robo fingido, desde la reunion con Francisco II de Nápoles, hasta la que él y yo tuvimos en el café Riché. Sé que don Carlos hablando de esta carta, se calló sobre lo que contenía, pero dijo: Boet es muy orgulloso. Quiere jugar conmigo, y le hundiré.

Desde luego creí imprudente aquel exabrupto, y viendo que mi carta no había hecho efecto, telegrafié á Retamero en Tours que volviese á París, viese á don Carlos, le hablara al corazon y le rogara pusiese término á aquel conflicto. Entre tanto continué residiendo en el mismo Longages. ¿Lo hubiera hecho á ser el ladrón? Seguramente que no, á menos de ser un ladrón muy estúpido.

Al llegar á Passy, doña Margarita cogió á Retamero, y le preguntó por el objeto de su viaje. Este se lo explicó, y entonces doña Margarita le dijo: Es inútil que veas á Carlos para hablarle de este asunto, porque tiene una cabeza tan especial que no te contestaría nunca. Ya lo arreglaremos nosotros.

En efecto, no le dejó ver á su marido, y le ordenó que fuera á Longages, y me pidiera de su parte los diamantes. Vino Retamero y me contó lo que pasaba. Pero observen los señores jurados como se escalonan las pruebas de mi inocencia. Primera: don Carlos no me escribe, ni siquiera para llamarme ladrón; doña Margarita envia á Esparza á Tours para arreglar este asunto conmigo, ó para averiguar algo, y Esparza me disputa á Retamero con una mentira. Vuelve Retamero á París para rogar á don Carlos de mi parte que se acabe la cuestion, y doña Margarita no se lo deja ver, y me lo envia pidiéndome los diamantes. ¿Es esta, señores jurados, la conducta que se sigue con un ladrón, sobre todo cuando el ladrón posee la joya robada, puede desaparecer de un momento á otro y está en Francia al alcance de la policia? ¿Pues qué quiere decir esto? Que no había tal ladrón, porque no hubo el robo declarado.

Al saber lo que pasara á Retamero me incomodé mucho. Pero deseoso de llegar á una avenencia, no me hice el esquivo, y dije á Retamero:

—Ben. Le daré á usted los diamantes pequeños por deferencia á doña Margarita. Pero me reservaré los grandes para demostrarles, que si obro de buena fé, no obro tontamente. Me reservaré los grandes con el objeto de obligarles más pronto á arreglar la cuestion, ó de tener en mis manos una parte del cuerpo del delito para presentarla á los tribunales.

—¿Pues qué diré á doña Margarita si me preguntan por ellos? repuso Retamero.

—Lo que usted quiera, le contesté.



—Pero indíqueme usted algo, mi general.

—¡Hombre! exclamé. Dígame que los he empeñado en 20,000 francos; ó en más, ó lo que usted quiera.

Retamero cogió el paquete, recibió mis últimas instrucciones, y partió de nuevo para París.

*Presidente.* Bueno, bueno. Ahora yo le haré una observación que recomiendo mucho á los señores jurados. Usted nos ha dicho que conservó cuidadosamente las contraseñas que don Carlos le envió de Londres.

*Boet.* Sí señor.

*Presidente.* ¿Pues cómo usted, que guardó tan cuidadosamente aquellos papellitos no guardó la carta que estando en casa del marqués dice que le escribió don Carlos, mandándole que conservase el Toison?

El acusado queda estupefacto.

—Jamás he dicho tal cosa, exclama.

—Sí, señor, lo ha dicho usted esta tarde, y yo lo he oído.

—No señor; ni ahora, ni nunca.

—No lo ha dicho, señor Presidente, exclama el traductor.

—No, no, no, exclaman los abogados defensores, los jurados y el público.

—No lo ha dicho, añaden los abogados del Pretendiente.

—¡No! exclama Paribelli. ¡Oh! Pues me he equivocado.

Y todo colorado y confuso, levanta la sesión, entre las risas y murmullos del público, que se rie del grotesco papel que acaba de hacer.

## XVI.

Al empezar la sesión del 25, el Presidente, se disculpó de haber reprendido á los abogados en la sesión anterior usando palabras que confesó ser inconvenientes. «Señores, añadió, he comprendido después que me había excedido al recordar á los defensores del acusado los deberes de la educación, y les ruego que se den por satisfechos de estas explicaciones. Todos somos falibles, señores, y creo que no se extrañará que yo haya también resbalado

ayer.» Campi se levantó, y después de dar las gracias al señor Paribelli, declaró que la defensa queda satisfecha.

Terminado este incidente, el señor Presidente dice que habiendo cinco testigos citados para el día de hoy, se les mandaba presentar, aunque no se les pudiese tomar declaración, pues Boet hacía unas declaraciones *más largas que la cuaresma*. El público se echó á reír, y Boet quedó muy incomodado de la chacota del Presidente. Los cinco testigos eran Carlos de Borbon, Lorenzo, Suelves, Galvani, y Bauer, director del *Hotel de la Ville* de Milan; se vió que faltaba Carlos de Borbon. El público prorrumpió en murmullos, y por todos los bancos se decía: *Tiene miedo, tiembla de verse frente de Boet, es un cobarde.*

Campi se ha levantó.

—¿Se sabe, dijo, si don Carlos comparecerá?

—Se ignora, respondió el Presidente.

—¿Se ha hecho la citación á su debido tiempo?

—Sí, señor, dice la Presidencia, y el citado no contesta. Ayer se telegrafió de nuevo á París á las autoridades francesas, por medio del ministro de Estado de Italia preguntando qué contestación había dado el príncipe á la citación que se le había dirigido, y hasta ahora no se sabe la respuesta. Va á leerse el telegrama.

Después de hacerse esta lectura parecía natural que los abogados de don Carlos se levantasen á explicar la ausencia de este, pero ninguno abrió la boca.

La impresión fué profunda, y la voz de que Carlos era culpable volvió á circular rápidamente por la Audiencia. Conocióse que el mismo Presidente estaba impresionado de una ausencia y silencio tan sospechosos.

Entonces el Presidente concedió otra vez la palabra á Boet, encargándole que sin limitar su defensa, fuese lo menos largo posible. El acusado, que todavía se resentía del disgusto anterior, se levantó y dijo:

—Señor Presidente, una vez que V. E. cree que mis explicaciones son más largas que la Cuaresma, yo, que confío en mi inocencia y en la justicia de los señores jurados, no quiero prolongar el tedio que doy á V. E., y desde este momento doy por terminada mi relación y me siento.

Paribelli se desconcierta, y dice:

—Señor Boet, no lo he dicho por tanto; sólo que en diez y seis años que soy Presidente, no he visto una explicación tan larga. Pero le ruego á usted que me dispense; no tuve ánimo de ofenderle. Prosiga usted, que no es mi objeto limitarle el tiempo que necesite.

—Soy acusado de un crimen imaginario, exclama Boet; y ver que V. E. hace reír al auditorio diciendo chistes de mi defensa, se me ha clavado en el corazón. Si en diez y seis años V. E. no ha oído una relación tan larga, yo en cuarenta años de edad no me había visto nunca en el banco de los acusados. Pero acepto sus explicaciones, y continúo.

Entonces prosiguió su narración, teniendo cuidado de concentrarse de vez en cuando en la acusación fiscal, que hace trizas, demostrando que embrolla los hechos, que suprime todo lo que favorece al acusado, y que hasta convierte en pruebas de culpabilidad los sentimientos más naturales de su corazón.

Dejémosle hablar.

*Boet.* Viendo Retamero que no podía hablar con don Carlos, se puso en negociaciones con doña Margarita, á quien entregó el paquete de diamantes. Ella le hizo varias preguntas sobre mí, y entre otras cosas que le dijo fué que en Milan se había descubierto que yo era autor del robo, que en consecuencia habían enviado rogatorias para prender á mi esposa y á mi madre política, y que no había otro medio de salvarme á mí que avisarme al instante. Aturdido Retamero por estas palabras, no sé que imaginó y creyó, pues me puso un telegrama diciendo *todo descubierto, aconsejad á vuestra familia que niegue á todo trance*. Para que el tribunal comprenda todo el maquiavelismo de la conducta de doña Margarita, diré que al dorso de un documento presentado por don Carlos al juez de instrucción, se ha hallado el borrador de dicho telegrama, escrito del propio puño de doña Margarita...

Gran sensación en el auditorio, los jurados se miran estupefactos, y el público murmura escandalizado de la intriga que este descubrimiento revela.

*Boet.* La trama estaba bien urdida, pero yo no caí en ella, por tener tranquila la conciencia. Es evidente que doña Margarita en persona hizo el borra-

dor de aquel telegrama para que Retamero me lo enviara, y que lo escribió en el primer papel que halló á mano. Después han presentado este documento sin advertirlo, por haberse fijado tan solo en lo que estaba escrito en las demás caras. ¿Qué se proponían así...? Se proponían comprometerme á mí, moviéndome á dar instrucciones á mi familia para que negasen haber vendido unos diamantes que yo les había entregado. Si yo daba este consejo, en seguida se hubieran asido de ello para demostrar que era culpable y que había robado el Toison.

¿Pero no observais, señores jurados, cuán pequeño y miserable es todo esto? ¡Cómo! ¿yo soy un ladrón, y se usan tantas contemplaciones conmigo? ¿quién sería capaz de explicar, ni comprender semejantes cosas? ¿no revelaba el sentido común por sí solo lo que debía hacer la familia de don Carlos, si yo era culpable? ¿no sabían por Retamero dónde estaba? ¿no veían que me negaba á devolver los diamantes de más valor? Pues se da parte á la policía, y esta me arresta telegráficamente cinco minutos después. Hé aquí lo natural para todo el mundo, menos para la acusación fiscal que de todo hace caso menos de las cosas de sentido común. ¡Oh, el sentido común! No lo busqueis señores jurados en el documento que acabo de citar.

No atreviéndose á prenderme á mí, prenden á dos mujeres, á mi pobre esposa y á su anciana madre, y mis hijos, tres pequeñitos, tres inocentes, quedan abandonados en medio de las calles de Bayona. Al saber estas infamias, me indigné, y si hubiese tenido allí al miserable de don Carlos, lo hubiera hecho pedazos. Comprendí que la guerra estaba terminantemente declarada; que era á muerte, y que para ganarla, mis enemigos no habían vacilado en apoderarse de rehenes, creyendo que de este modo me atarían las manos. En efecto, yo debía desde aquel momento lograr dos cosas: ante todo sacar de la cárcel á mis señoras, y luego vindicarme y herir á mi enemigo. ¿Cómo alcanzarlo?

Formé mi plan del siguiente modo: ante todo debía esconderme, á fin de impedir que inesperadamente me hiciesen arrestar para impedirme la defensa, y desde mi retiro negociar, para que el mismo don Carlos hiciese dar libertad á mi esposa y suegra. Una vez



alcanzado esto, yo debía pedir cuentas á mi calumniador y confundirle. Entonces tomo otro lenguaje, y me humillo, rogando á Retamero que á toda costa arregle la cuestion, prescindiendo de mí, y ateniéndose solo al interés de las señoras. «No se ocupe usted de mi cuestion, le digo, sino de mi familia.» Pero á veces me aburro, me indigno, y prorrumpo en amenazas imprudentes.

Aquellos dias fueron un caos. A veces yo mismo no me entendia en medio de aquella algarabía de noticias que iba recibiendo, pues si bien seguia un plan recto y claro, mi negociador se apartaba de él, dejándose marear.

La mayor desgracia que yo he tenido en las negociaciones es que todos los que en ellas han intervenido son legitimistas franceses ó carlistas españoles; así es que, los mismos que me han servido me han perjudicado con la mejor voluntad del mundo. Por ejemplo. Estando yo en cierto punto de mis negociaciones con don Carlos, decido romper de una vez, y llamo al presbítero Erdavide y al marqués de Alex, y les digo: cierro en este sobre los diamantes gruesos del Toison y pongo en él en español y francés la declaracion de que esta joya me fué entregada en Milan por don Carlos; vayan ustedes á buscar á su amigo el abogado francés de Tolosa, y díganle que de parte mia vaya á París, y entregue el paquete á don Carlos con la condicion de que éste ponga la firma y el recibo en el sobre y se lo devuelva, advirtiéndole que si el príncipe rehúsa, acuda en seguida al fiscal de la Audiencia de París, y poniendo á su disposicion el paquete, le denuncie de mi parte el robo fingido.

Pues bien: Alex y Erdavide, que eran carlistas, se dijeron: «si va el abogado, estamos hundidos, porque don Carlos no contestará categóricamente, y el abogado, que es hombre de leyes, no se parará en palabras, y al ver que no le contestan sí, ni no, pensará *basta*, se irá á la fiscalía, dirá el secreto, y habrá un trueno espantoso, que sacudirá en sus fundamentos al partido legitimista de Europa. Vamos nosotros dos, y negociaremos.» En efecto, fueron, y con la mayor buena fé del mundo empezaron á ir y venir, á marearme con cartas y telégramas, dejándose burlar de don Carlos, que ya les pedía una cosa, ya otra,

ya les daba esperanzas y ya se las negaba, hasta que por fin, mareados ellos tambien, le plantaron, y regresaron á Tolosa.

Pero me he anticipado un poco, y retrocedo. Si yo tenía empeño en lograr que se librase á mi familia, dejando intacta la cuestion del robo, don Carlos tenía empeño en aprovecharse de los rehenes que estaban en la cárcel para desarmarme á mí. La idea de una lucha conmigo le espantaba.

Al saber las órdenes que había dado yo al marqués de Alex y á Erdavide, empezó á buscar subterfugios para impedir que le denunciasen á la justicia de París y para obtener los brillantes gruesos. Se avino á poner en libertad á las señoras con tal que yo declarase que me prestaba á ser degradado de mis empleos y honores en el ejército carlista. ¡Figuraos, señores jurados, si esto era ridículo! ¡Consultar á un ladrón para que se deje degradar! Sí, sí, contesté yo; que me degrade, y salgan de la cárcel mi esposa y suegra.

Pero don Carlos debió conocer el disparate, y entonces dice: «No basta; que devuelva todos los papeles políticos que tiene.» «Los devolveré, contesto pero no puedo ahora, por que los tengo dispersos, y he de viajar para recogerlos. Pero doy mi palabra de honor de hacerlo, con tal que queden luego libres mis señoras.» Todo mi cuidado, todo mi afán, todo mi anhelo, era sacar de la cárcel á aquellas pobres mujeres. Tal era el sentido de todas mis misivas, y la letra misma de muchas de ellas.

Sin embargo, señores jurados, esto mismo ha querido hacerse servir contra mí. Sí, porque ha habido un fiscal, se ha escrito una acusacion fiscal contra mí, donde se me acusa... ¿por qué dirian, señores? porque soy esposo y padre, y al ver presas por una infamia de don Carlos á mi esposa y á mi suegra, y al considerar que con este arresto mis tres hijos, todos pequeños, quedaban abandonados á sí mismos en medio de las calles de una ciudad extranjera, me indigno y enternezco y digo á mis negociadores: *acabar pronto, arreglarlo luego, haced salir de la cárcel á aquellas señoras; no os ocupéis de mí; nada por mí; dejadme estar; concentraos en el interés de mis señoras y de mis hijos* Y no obstante ese fiscal me dice: no debiais ocuparos de esto, sino de vuestro honor; si hubiéseis sido inocente, solo en vuestro honor hubie-

rais pensado. Señores jurados, no estoy entre salvajes, sino en Italia, en un país civilizado, y no necesito deciros cuán absurdo es este concepto. ¿Ocuparme de mi honor? Ya me ocupaba; y por conocerlo don Carlos, no queria hacer poner á aquellas señoras en libertad, sabiendo bien que el dia siguiente empezaría con él una lucha á muerte; y todo su afán era prolongar la prision de mi esposa y de la madre de esta, para arrancarme las armas mas terribles en cambio de la libertad de las arrestadas.

## XVII.

En casa de don Carlos había entonces dos camarillas: la de éste, compuesta de calaveras y mozalvetes cursis y la de doña Margarita. La primera, que me odiaba á mí, por haberla contrariado mucho, impulsaba á don Carlos para que no cediese; en cambio la otra se inclinaba á un arreglo, que satisficiera á ambas partes. Hubo un momento en que esta venció, y entonces queria declararse que yo era inocente, á fin de amansarme y complacerme sin detrimento de la reputacion de don Carlos. Pero este volvió una noche borracho á su casa, y empezó á gritar que me haría poner un grillete, y que queria romper de una vez. Parece que la primera camarilla había vencido halagando la vanidad y necedad del Pretendiente, pues al siguiente dia Esparza se quejaba de que aquellos mequetrefes echasen á perder lo que estaba tan bien encaminado.

En fin, Erdavide y Alex se cansaron de negociar: entregaron los diamantes sin condiciones, imaginando que era el medio de lograr algo, y convencidos luego de que les habian engañado, dejaron París y regresaron á Tolosa, donde los oí. El marqués me aconsejó que no esperase ya nada de las negociaciones, y que acudiese á la justicia. En seguida me propuse ir á Italia y hacer en toda forma la denuncia del robo fingido. Pero ante todo, debía dejar las cosas bien establecidas. Yo no tenia recursos para hacer el viaje, y debía buscarlos. Luego queria tener una buena entrevista con Retamero para hablarle de todo lo que había pasado, y saber á qué atenerme sobre su lealtad.

Yo no podía fiarme de nadie. Sabía que iba á en-

tablar una lucha á muerte, y que mis enemigos apelarian á todas las corrupciones para vencerme. No era, pues, cosa de partir, sin haberme enterado del estado de ánimo de Retamero, que tan gran papel había desempeñado en aquella reyerta, y que poseía cabalmente una de las claves mas capitales de ella. En efecto, las dos cartas del 4 de Marzo, entre las cuales había la carta donde se hablaba del *as de oros*, y la tranquilidad con que don Carlos leyó esta delante de Retamero, demuestran que esta era una de mis mayores y fulminantes defensas.

En París fui á vivir á casa de Mr. Girard, antiguo legitimista y secretario que había sido de Chateaubrian. Contéle todo lo que pasaba, y Mr. Girard exclamó: «Hé aquí por qué la reina Isabel decía el otro dia, que cada vez que se hablaba de esto á don Carlos, estaba turbado é inquieto.» Mr. Girard aprobó mi plan de denunciar lo que pasaba á la justicia, reconociendo que despues de lo que acababa de ocurrir entre mis negociantes y don Carlos, éste no merecía ninguna atencion de mi parte. «Defendedos, exclamó, diciendo toda la verdad.»

Desde París llamé á Retamero, diciéndole que se presentase á Mr. Girard, dándole la consigna de *Daroca y Cariñena*, y que éste le diría dónde me hallaba. Yo andaba libremente por París, absteniéndome de frecuentar los sitios donde se juntaban carlistas, pues no me convenia que supiesen mi llegada; y por la misma razon me abstuve de dar á Retamero las señas de mi domicilio, á fin de evitar toda indiscrecion.

Retamero compareció, y nos vimos. Al saber los pormenores de lo que había pasado, estuvo fuera de sí. Me excitaba con vehemencia, y yo tenia que contenerle. Manifestéle que la victoria sería fácil y segura si él se conservaba fiel, y me contestó que por nada, ni por nadie me faltaría. Le creí, y le expuse todo mi plan.

Pasó allí algunos dias conferenciando conmigo, y despues volvió á Tours, donde tenia una plaza de farmacéutico en casa de Mr. Viollet, legitimista francés. Yo me marché á Italia; pero antes de irme, escribí á don Carlos una carta y otra á doña Margarita, donde hacia una última súplica en favor de mis señoras. No me contestaron, ni yo confiaba en respues-